

Daño transgeneracional en Chile. Apuntes para una conceptualización

Carlos Madariaga, psiquiatra¹
CINTRAS
Chile

Acaban de cumplirse treinta años del golpe militar, fecha que no ha dejado indiferente a ningún chileno: a los afectados directos por el terrorismo de Estado, debido a la remoción de representaciones, vivencias y afectos asociados a sus propios acontecimientos traumáticos; a los que se identificaron con el poder y han debido enfrentar cambios importantes en las lecturas que la sociedad empieza a hacer de ese período; a esa inmensa masa ciudadana que vivió y vive ese tiempo histórico desde una falsa conciencia de no involucramiento, prescindencia o negación de vínculos con este trauma social.

Las diversas evaluaciones realizadas en estos días en torno de la historia del país a partir de septiembre de 1973 en el marco de una ofensiva mediática, una inmensa cantidad de jornadas de reflexión, actos conmemorativos, edición de decenas de textos alusivos, eventos internacionales, etc. han marcado un viraje en la percepción colectiva respecto de cuestiones como la figura de Salvador Allende, las causas esenciales del golpe militar, la magnitud del genocidio, la imagen de Augusto Pinochet, el rol de Estados Unidos en la tragedia. Hemos vivido tal vez el más masivo y potente proceso desmistificador de la historia reciente del país en unas pocas semanas. Algo importante ha sucedido en el nivel de las representaciones sociales y del imaginario colectivo de Chile: muchos mitos y estereotipos surgidos con la guerra psicológica de la dictadura militar y recreados por la transición a la democracia han caído estrepitosamente. Ha sido un multifacético esfuerzo de reconstrucción de la memoria social a partir del testimonio fidedigno aportado muchas veces por protagonistas anónimos y desconocidos de la historia, indesmentibles.

Es una luz de esperanza en momentos en que el Estado chileno persiste en imponer la impunidad sobre los crímenes de la dictadura, cuestión que ha vuelto a ser puesta en juego con la propuesta de reparación del Presidente Lagos, en la cual se percibe un mecanismo exculpatorio evidente para los violadores de derechos humanos. La impunidad sigue siendo el principal factor retraumatizador en los tiempos actuales; su efecto deletéreo en el psiquismo individual y colectivo de las víctimas está ya debidamente documentado en diversas publicaciones científicas y ratificado en las demandas de asistencia médico-psicológica a raíz de exacerbaciones sintomáticas y recaídas de nuestros consultantes. Por otra parte, el neoliberalismo, erigido en sistema global de dominación, con sus mecanismos de control social ideológicos, culturales y contravalóricos, establece una influencia determinante en la producción de formas de subjetividad más vulnerables ante la influencia disruptiva de los procesos psicosociales traumáticos incubados en el subconsciente colectivo. De esta forma, un modelo de sociedad basado en la absolutización del consumo y el colapso del sujeto, al mismo tiempo que sostenedor de viejos y nuevos mecanismos de impunidad, es el escenario histórico en el que se despliegan las formas actuales del trauma psicosocial.

Componentes actuales del trauma

Una de las características del trauma psicosocial en el Chile de hoy se relaciona con las víctimas de primera generación, los sujetos que vivieron en su propio cuerpo la experiencia represiva. Se trata de personas que en gran número ya han cumplido su ciclo vital o bien se encuentran en el umbral de la muerte. Es la generación protagonista de los hechos históricos, aquella que vivió el terrorismo de Estado. Su perfil biomédico y psicosocial es el de personas con frecuentes

¹ Médico psiquiatra y terapeuta de familia, miembro del Comité Directivo y Director Clínico de CINTRAS; Jefe del Servicio de Psiquiatría del Hospital Regional de Iquique.

enfermedades físicas (principalmente degenerativas y en co-morbilidad), recurrentes trastornos psiquiátricos y psicológicos, envejecimiento precoz, precarias condiciones de subsistencia, deterioro marcado de su calidad de vida. Se han muerto o se están muriendo en una condición de impunidad para sus victimarios, cuestión de alta significación en relación con la herencia traumática.

Una segunda característica es la transgeneracionalidad del daño, las repercusiones del trauma en los hijos y nietos de las víctimas primarias del terrorismo de Estado. Emerge cada vez con más fuerza este nuevo consultante que demanda apoyo psicológico dando cuenta de una herencia traumática de la que no siempre está plenamente consciente. Se trata de un viraje epidemiológico que anuncia un nuevo y grave problema de salud pública, y que amenaza con producir un inevitable impacto en la salud mental de la sociedad chilena. El contexto impune, que perturba directamente los procesos de duelo y la rehabilitación en primera generación, es el principal mecanismo psicosocial de perpetuación del trauma en las nuevas generaciones; la transgeneracionalidad constituye la nueva forma que adquiere en el presente el trauma de la dictadura.

En los últimos tiempos han ido emergiendo desde el fondo anónimo del sujeto social estos nuevos actores, dando origen a diversas formas del psiquismo social, a nuevos relatos, multiformes y contradictorios. Precisamente en esta complejidad se expresa la profunda disrupción que el fenómeno traumático induce en la intersubjetividad. Están, por una parte, aquellos jóvenes que se han identificado con la cosmovisión y los mandatos del padre violentado y se organizan para incorporarse de lleno a la acción política, que reivindican no sólo el proyecto histórico-vital de aquel sino también sus ideales sociales, sus posiciones ideológicas; predominan en ellos los discursos combativos y militantes. Están también aquellos otros que toman distancia activa de las historias parentales y legitiman formas de inserción social de corte individualista ligadas al logro del éxito personal; han asimilado los valores hegemónicos y asumen un posicionamiento ideológicamente crítico del pasado familiar como mecanismo intrapsíquico que gradúa las distancias emocionales con los eventos traumáticos de la generación anterior. Está también esa gran masa juvenil que construye formas de sujeto social a partir de la ausencia total de vinculación con el trauma de los padres pero con graves dificultades adaptativas a las exigencias del mundo moderno; sólo es posible sospechar sus interrelaciones a partir de desajustes psicosociales que en el nivel individual adquieren la forma de procesos mórbidos asociados a subculturas como la marginalidad, la violencia social, la delincuencia, las adicciones, etc. Formas todas ellas de construcción y deconstrucción de subjetividades que tienen en la base una desigual manera de representación y simbolización de los eventos traumáticos que están inscritos en la historia familiar y en el mundo social en el que les ha tocado vivir.

La afectación en segunda y tercera generación hace del trauma psicosocial un problema del presente y del futuro de la sociedad chilena, toda vez que su impacto sobre el psiquismo colectivo constituye una grave amenaza para las expectativas de producción de un nuevo sujeto histórico, de un sujeto enriquecido en su visión de mundo y en sus sistemas valóricos y morales con principios humanistas universales asociados a una profunda valoración de la persona humana y la vida. La amenaza fantasmática del pasado traumático sobre la sociedad actual representa en sí misma la dolorosa derrota del Estado chileno en los esfuerzos reparatorios; sus consecuencias adquieren materialidad dentro del tejido social, en ocasiones subrepticamente y en otras en forma abierta y desgarradora.

Nuestro concepto de trauma

Nuestra lectura de la transgeneracionalidad del daño se vincula con la concepción de trauma con la que hemos operado en la institución. En lo sustantivo contiene los siguientes elementos:

- La psicopatología y los disturbios psicológicos y psicosociales producidos por el terrorismo de Estado son esencialmente diferentes a los hallazgos de la práctica psiquiátrica y psicológica

general. No nacen de la interioridad del psiquismo ni a partir de conflictos intersubjetivos, arrancan de acontecimientos políticos.

- Son efecto de estrategias de control social que nacen de políticas de Estado fundadas en ideologías y planes internacionales de dominación, lo que nos remite a un nuevo tipo de causalidad, a una sociogénesis del trauma.
- El trauma adquiere su máximo significado en tanto trauma psicosocial; es aquí donde alcanza su dimensión plena como acontecimiento histórico. En este nivel se aclaran las interrelaciones del fenómeno y se verifican sus efectos fundamentales como estrategia de dominación política por vías violentas.
- El psiquismo individual representa la personalización del sujeto social. El sujeto afectado es la verificación del trauma social en su singularidad y unicidad. En la especificidad del drama particular es posible identificar los componentes más generales del trauma, comunes a otros sujetos, pero mediatizados por las peculiaridades de su psiquismo.
- El daño individual registra la afectación directa de la unidad biopsicosocial del sujeto, en grados variables, concordantes con las características singulares de la persona. (Madariaga, 2002a)

Esta perspectiva del trauma nos vincula con el concepto de “situación traumática”, en el sentido que el trauma de la dictadura no remite a un hecho único y estanco en el tiempo sino a un *continuum* de eventos traumáticos, que operan con diversa intensidad en distintos momentos biográficos de la persona humana. Una mirada situacional proyecta la experiencia singular a las relaciones que ésta tiene con el contexto social en el que se desarrolla, dándole pleno sentido en tanto acontecimiento inscrito en el devenir histórico.

El trauma en la transgeneracionalidad

Tisseron, en un texto clave sobre la transmisión psíquica, recoge la siguiente idea de N. Abraham acerca de su “teoría del *fantôme*”: “El individuo es un grupo interiorizado cuya psique está sometida a la prueba de las generaciones”. (Tisseron, 1995:11) La inclusión de la idea de “grupo interiorizado” como cuestión definitoria de la persona singular descansa en la necesidad de fundar el psiquismo del sujeto en la presencia de los vínculos sociales como punto de arranque de sus procesos intrapsíquicos. A partir de este principio teórico todo el análisis posterior que el autor desarrolla acerca de la herencia generacional está basado en la dialéctica sujeto individual - sujeto social. Inevitable recordar la VI Tesis sobre Feuerbach de K. Marx en “La ideología alemana” que señala que el hombre es en su esencia el conjunto de las relaciones sociales (Marx y Engels, 1968).

En otro lugar el autor vuelve sobre este principio epistemológico: “El funcionamiento psíquico de cada uno no está determinado sólo por los conflictos comunes a la especie y por los accidentes singulares de cada vida. También está marcado para cada uno por las huellas de los conflictos comunes y de los accidentes singulares que marcaron la vida de los padres, de los abuelos, de los colaterales y de los amigos”. (Tisseron, 1995:17) Se definen aquí los términos de la experiencia humana en la interrelación ilimitada del sujeto no sólo con los vínculos sociales del presente sino también con los lazos que lo atan con sus orígenes familiares, tanto cercanos como remotos. La comprensión del trauma, por consiguiente, tanto en la primera generación como en las siguientes, alcanza su “esencia”, en el sentido planteado por Marx, cuando aprehendemos la totalidad de sus relaciones históricas: los eventos del presente y del pasado; las relaciones del sujeto con los diversos subsistemas sociales con los que interactúa. El hecho de estar sometido a “la prueba de las generaciones” resalta la trascendencia de la temporalidad del campo vivencial del sujeto, que trasciende su tiempo realmente vivido más allá de su nacimiento, lo que introduce campos relacionales pretéritos que podrían estar prefigurando su propio psiquismo. La prueba de las generaciones deviene así un proceso mediante el cual un conjunto de eventos socialmente

construidos en el pasado pasan por el filtro psíquico del individuo otorgándole ciertas particularidades, algunas de ellas al modo de traumas heredados, de carga fantasmática.

Considerando precisamente esta multiplicidad de procesos que vinculan sujeto individual y social, presente y pasado en la configuración del psiquismo individual -procesos que admiten en el mundo psíquico personal la coexistencia de un componente absolutamente singular, único e irreplicable y de otro de carácter social que lo remite a la experiencia histórica, a una cierta característica general de la sociedad humana concreta a la que pertenece- no es imaginable que esta herencia que se “transmite” generacionalmente sea entendida como mera trasposición de los eventos psíquicos, como reproducción o repetición. Ello implicaría una concepción mecánica del psiquismo individual en la que primaría la pasividad o la neutralización de todo aquello que hace a su unicidad y, por lo tanto, a su capacidad transformativa del material psíquico. Se hace necesario entender lo transmisible como material proveniente del psiquismo familiar al modo de provocación, de influencia o de interferencia sobre el sujeto que lo hereda; en cualquiera de los casos, será sometido inevitablemente a un procesamiento específico (singularísimo) en la interioridad del psiquismo individual y dará nacimiento a nuevas realidades psíquicas, absolutamente únicas e irrepetibles. Esto explica, en gran medida, el hecho que tras la experiencia traumática de la dictadura militar en las nuevas generaciones emerjan formas tan disímiles de subjetividad, explica el que un hijo de ejecutado político haya optado por el compromiso militante y la reivindicación de su progenitor en actitud de lucha, que otro hijo con experiencia similar haya tomado distancia con su historia familiar y se refugie en grupos de pertenencia marginales y que un tercero se posicione exitosamente en el sistema identificándose ideológicamente con el mismo.

Tisseron entiende “influencia” como un concepto que ayuda a comprender la capacidad del individuo para procesar y re-crear el material psíquico; a partir de ello puede orientar su campo representacional y motivacional hacia objetivos de vida propios, sean éstos alienantes o liberadores. Esto lo hace sujeto activo y protagónico de su propio devenir, de forma tal que el material traumático heredado no constituye necesariamente un obstáculo insalvable para su estabilidad psíquica. En ocasiones será capaz de introyectar ese material evitando la herencia familiar traumática, en otras se constituirá en cripta o en carga fantasmática como resultado del fracaso del intento introyectivo. En este último caso enfrentaremos el desafío de la reinstalación de la trama traumática en la última generación. En ambos casos la influencia es recíproca: el material transmisible -o lo traumático- afecta el psiquismo del sujeto y este último lo procesa y lo utiliza en su campo simbólico y en su mundo comportamental generando una toma de posición frente al mismo, reflejo del cambio psíquico producido. En este mismo sentido Martín-Baró desarrolla su idea del carácter interactivo de lo traumático con la persona afectada (la interdependencia del fenómeno) derrumbando el mito de la unilateralidad de lo traumático: el origen contextual del trauma coloca al individuo afectado en una posición de sujeto-objeto de la violencia política de forma tal que no se reduce a una mera condición de víctima, tiene la posibilidad de reaccionar, de recuperar un cierto protagonismo frente a lo vivido, posicionarse frente al contexto e incluso de modificarlo en su beneficio (Martín-Baró, 1990).

Los mecanismos de la transmisión

La especificidad del trauma derivado de violaciones a los derechos humanos ha modificado en muchos autores provenientes de la teoría freudiana la concepción del trauma primigenio y el peso específico de las experiencias traumáticas tempranas como único corpus explicativo del trauma actual. Ha sido la radicalidad y el dramatismo de los horrores asociados a este tipo de experiencias lo que ha impulsado a los investigadores a circunscribir lo explicativo al aquí y el ahora de la experiencia traumática. Nicolas Rand, a propósito del análisis freudiano de la obra “El hombre en la arena” de E. Hoffmann, señala: “Seamos claros. Apreciamos grandemente el principio metodológico freudiano que permite ligar las manifestaciones de una perturbación psíquica a fuentes

profundas, en lo inmediato inaccesibles para quien las sufre. Sin embargo, no siempre podemos confirmar las causas propuestas por Freud, tales como la represión de los deseos sexuales, las fantasías de orden pulsional, los complejos de Edipo y de castración” (Tisseron, 1995:44). En el mismo sentido, Daniel Stern da por superada la concepción de la evolución psíquica como períodos marcados por ciertas fijaciones y sugiere más bien la idea de un desarrollo continuo susceptible en todo momento de ser perturbado por experiencias traumáticas, las cuales no serían necesariamente una reedición del trauma infantil (Stern,1989). A la consolidación de este concepto ha contribuido notablemente el estudio del trauma del holocausto nazi en Europa y posteriormente el de las dictaduras militares en América Latina.

Con base en este planteamiento teórico han surgido importantes aportes a la interpretación de los mecanismos de transmisión desde el psicoanálisis. *La teoría de las lagunas de la introyección* es una de ellas: el fracaso de algunos sujetos en la asimilación psíquica de experiencias con alta carga emocional induce la producción de un evento traumático y la gestación de un fenómeno de “inclusión” consistente en la incorporación en el nivel yoico de los sentimientos, emociones, pensamientos y representaciones movilizados alrededor de dicha experiencia. El evento es condenado al secreto configurándose una “cripta”, que opera como el espacio intrapsíquico que almacena lo traumático ocultando a la conciencia del sujeto toda relación de significado con su producción psíquica. El duelo se hace imposible en condiciones de un yo incapaz de conectarse con los eventos traumáticos, situación que puede permanecer así durante toda la existencia. Existirían diversas modalidades de incorporación de la cripta con el fin de restablecer la introyección fallida, dependiendo del campo de elaboración psíquica utilizado: representaciones, afectos, estados corporales, comportamiento.

La teoría del fantasma, en estrecha relación con la anterior, es otro intento interpretativo de la transmisión psíquica del trauma. Postula que ésta se origina en el intento inconsciente del individuo por dar integralidad o sentido a una laguna yoica que tiende a generar al mismo tiempo otra laguna a nivel superyoico. La clínica del fantasma en segunda generación -los procesos de cura en la psicoterapia- permite llenar los vacíos ya señalados y, por consiguiente, restablecer en el nivel simbólico las significaciones de los eventos traumáticos, su inscripción histórica y la creación de nuevos mecanismos de asimilación de la experiencia.

Junto a los fenómenos inclusivos, de cripta y las tramas fantasmáticas, hay una serie de otros procesos psíquicos de trascendental importancia para la comprensión del daño transgeneracional y para la implementación de estrategias de intervención psicoterapéutica que permitan restituir la funcionalidad del psiquismo a partir de la elaboración de lo no dicho. Uno de ellos se relaciona con el *clivaje*, con lo no elaborado y su consecuencia: la producción de estadios psíquicos que perciben lo traumático como lo indecible, lo innombrable o lo impensable, de acuerdo al nivel de distanciamiento que el evento va teniendo de los planos yoicos a medida que pasan los años y transcurren las generaciones. El *secreto de familia* y su asociación con *lo ominoso* constituye otra forma del psiquismo individual, familiar y colectivo en el que se refugia la trama traumática impidiendo su elaboración y creando formas distorsionadas de simbolización y representación.

Referencias bibliográficas

- Bastías, A; Mery, C; Rodríguez, C; Soto, C. 2001. *Expresión de la transgeneracionalidad del daño en una muestra de personas afectadas por el terrorismo de Estado en Chile*. Tesis de grado, Universidad Central, Santiago.
- Busch, S; Mangado, M.E.;Robaina, M.C.2002. Acerca de los efectos psicosociales en la segunda generación. En: CINTRAS, GTNM/RJ, EATIP, SERSOC editores. *Paisajes del Dolor, Senderos de Esperanza. Salud Mental y Derechos Humanos en el Cono Sur*. Buenos Aires: Polemos.

- Danieli, Y.(Ed). 1998. *International Handbook of Multigenerational Legacies of Trauma*. New York: Plenum Press.
- Gomel, S. 1997. *Transmisión generacional, familia y subjetividad*. Buenos Aires: Editorial Lugar.
- Kordon, D; Edelman, L. 2002. Impacto psíquico y transmisión inter y transgeneracional en situaciones traumáticas de origen social. En: CINTRAS, EATIP, GTNM/RJ, SERSOC editores. *Paisajes del Dolor, Senderos de Esperanza. Salud Mental y Derechos Humanos en el Cono Sur*. Buenos Aires: Polemos.
- Madariaga, C. 2002a. Tortura y trauma: el viejo dilema de las taxonomías psiquiátricas. En: *Reflexión 28:4-8*.
- Madariaga, C. 2002b. *Trauma Psicosocial, Trastorno de Estrés Postraumático y Tortura*. Santiago: Serie Monografías CINTRAS.
- Martín.Baró, I. (Ed.) 1990. *Psicología social de la guerra: trauma y terapia*. San Salvador: UCA Editores.
- Marx, K; Engels, F. 1968. *La ideología alemana*. Montevideo: Ediciones Pueblo Unido.
- Stern, D.N. 1989. *Le monde interpersonelle du nourrisson*. París:PUF.
- Tisseron, S. et al. 1995. *El psiquismo ante la prueba de las generaciones. Clínica del fantasma*. Buenos Aires: Amorrortu.

Publicado en Revista Reflexión N° 30, Santiago, Chile, Septiembre 2003, págs. 11:16